

## LACAN CON PIAGET (O POR QUÉ LOS AFECTOS, MENOS UNO, ENGAÑAN)<sup>1</sup>

Enrique Delgado<sup>2</sup>

Lacan y Piaget son dos de los más grandes pensadores del siglo XX. Más aún, sus desarrollos teóricos nos brindan estructuras conceptuales de fundamental relevancia para responder, en el presente siglo, a diversos desafíos teóricos y prácticos, tanto dentro como fuera del campo psicoanalítico. La comprensión de los afectos constituye, precisamente, uno de ellos.

Como es sabido, se trata de autores muy diferentes entre sí, con distintos proyectos y preocupaciones. Pero más allá de las evidentes diferencias entre el psicoanalista y el epistemólogo, tanto en términos de enunciados como de enunciación; en el caso de los afectos, sus desarrollos convergen en dos puntos fundamentales:

- Rechazan la oposición entre lo afectivo y lo intelectual.
- Destacan que los afectos son organizados por un orden distinto, sea la estructura cognitiva o el orden simbólico.

La presentación de estos desarrollos teóricos nos permitirá poner de relieve un hecho que, a pesar de su evidencia, es con frecuencia insuficientemente destacado: que la comprensión de los afectos es *indesligable* de la estructura, de la cognición y de la representación (el significante). Por supuesto, como de muchas formas ha puesto de relieve el psicoanálisis, esto no implica que dicha ligazón (*bindung*) sea absoluta, sin fisuras ni restos propios del trámite pulsional.

---

1 Texto base de la ponencia presentada en el XIII Congreso de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis “Los afectos: versiones y subversiones” (19 de Octubre de 2013).

2 Docente del Departamento de Psicología de la Pontificia Universidad Católica del Perú e integrante del Grupo de Investigación en Cognición, Aprendizaje y Desarrollo (G-CAD). Magister en Psicoterapia Psicoanalítica por la Universidad Complutense de Madrid, donde obtuvo el DEA del Doctorado de Fundamentos y Desarrollos Psicoanalíticos y cursa actualmente el Doctorado en Filosofía. Contacto: gdelgado@puccp.edu.pe

## Un poco de historia

Lo primero que nos gustaría señalar es que ambos autores nacen prácticamente con el siglo XX, en el espacio cultural francófono, y desarrollan una inmensa producción teórica, hasta inicios de la década de los ochenta. Lacan nace en París en 1901 y muere en la misma ciudad en 1981. Piaget por su parte nace en Neuchâtel (Suiza) en 1896 y muere en Ginebra en 1980.

Lo que a veces es menos difundido en el ámbito del psicoanálisis es el gran interés que Piaget tuvo en el mismo. Roudinesco (2008:1064) nos informa que el joven Piaget se analizó con Sabina Spilrein, y que se incorporó, en 1921, a la Sociedad Suiza de Psicoanálisis (SSP). Un año después, señala Roudinesco, Piaget llegaría a conocer a Freud en el Congreso de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA) de Berlín. Luego de esos primeros años, el deseo de saber de Piaget lo conduce a un ambicioso proyecto de epistemología genética, desde el cual será muy crítico del psicoanálisis, aunque al mismo tiempo, lo tendrá con frecuencia como interlocutor, especialmente al abordar los aspectos afectivos del desarrollo.

Trece años después de la incorporación de Piaget a la SSP, el 20 de noviembre de 1934, Lacan es admitido como miembro adherente en la Sociedad Psicoanalítica de París (Roudinesco, 1994, p. 126). Pero, a diferencia de Piaget, Lacan no llegará a conocer personalmente a Freud. En 1933 le envía al padre del psicoanálisis su, ahora famosa, tesis doctoral, recibiendo como respuesta tan solo una nota cortés: “Gracias por el envío de su tesis” (Assoun, 2004, p. 32).

Curiosamente, a lo largo de su trayectoria y hasta el día de hoy, ambos autores han sido criticados, reiteradamente y desde diversas trincheras, de “descuidar el papel de los afectos”. Como veremos a continuación, se trata de una apreciación equivocada, incluso en alguien que como Piaget se dedicó, en gran medida, a investigar el desarrollo del pensamiento y la inteligencia.

### Piaget: conocimiento y deseo

El texto introductorio a la edición castellana del libro de Piaget *Inteligencia y Afectividad* (1980 [1954]) es titulado por Mario Carretero de este modo: conocimiento y deseo. Allí, Carretero nos recuerda que cuando en el texto bíblico se señala que Adán *conoce* a Eva, se alude a algo más amplio que a un cierto saber intelectual. De esta manera, Carretero subraya que el argumento central del libro de Piaget es la relación indesligable entre conocer y desear.

Frente a tal relación, el lector familiarizado con el psicoanálisis, no puede sino recordar la noción de pulsión epistemofílica o, quizá, la concepción lacaniana de la transferencia como amor al saber. Pero volvamos a las afirmaciones de Piaget sobre la afectividad, aunque notificados ya sobre lo central de su planteamiento.

¿Qué entiende Piaget por afectividad y cómo la caracteriza? La noción piagetana de afectividad es bastante amplia, y comprende en ella, sentimientos, emociones y también, las “tendencias superiores” como la voluntad (Piaget, 2001, p. 18). A su vez, esta afectividad “(...) se caracteriza por su composición energética, con cargas distribuidas sobre un objeto u otro (cathexis), positiva o negativamente» (Piaget, 1973, p. 1) [traducción nuestra]<sup>3</sup>. Como puede observarse, esta noción energética de la afectividad quizá podría haber sido suscrita por Freud, sino en el aspecto subjetivo de los afectos, sí al menos en lo relacionado con su aspecto económico (*affektbetrag*)<sup>4</sup>.

Tenemos entonces una primera caracterización, económica, de la afectividad. A partir de ella podemos ahora acercarnos a su relación con los aspectos cognitivos. Para dar cuenta de ello, Piaget usa una imagen tan clara como potente:

La afectividad cumpliría pues el rol de una fuente energética de la cual dependería el funcionamiento de la inteligencia, pero no sus estructuras, de la misma forma que el funcionamiento de un automóvil depende de la gasolina, que acciona el motor pero no modifica la estructura de la máquina (Piaget, 2001, p. 22).

En esta imagen, podemos ver que al aludir al aspecto cognitivo, Piaget utiliza la noción de estructura y señala que si bien la afectividad permite su funcionamiento, no la modifica. ¿Y podemos hablar de estructuras afectivas? Se trata de un aspecto fundamental pues «(...) los sentimientos, sin ser por ellos mismos estructurados, se organizan estructuralmente intelectualizándose» (Piaget, 2001, p. 31). Vale decir, la afectividad es organizada a partir de la estructura cognitiva. Pero esto no nos debe llevar a pensar en una acción directa de la segunda sobre la primera (postura intelectualista rechazada por el propio Piaget). Se trata más bien que, dada la ligazón entre lo afectivo y lo cognitivo, lo que podría denominarse “estructuras afectivas” constituyen “el aspecto cognitivo de las relaciones entre las personas (Piaget, 2001, p. 104).

3 La numeración que utilizamos del texto de 1973 es la del enlace de la referencia, la misma que no corresponde con la utilizada originalmente en la publicación del *Journal of the American Psychoanalytical Association*.

4 Véase al respecto Laplanche y Pontalis (1993: 12).

Para comprender esto en mayor medida, es importante resaltar que para Piaget, el desarrollo cognitivo y el afectivo se dan simultáneamente, sin preeminencia de una dimensión sobre la otra: “no hay dos desarrollos, uno cognitivo y uno afectivo, ni dos funciones psíquicas separadas, ni dos clases de objetos, todos los objetos son simultáneamente cognitivos y afectivos” (Piaget, 2001, p. 63). A su vez, la estructura cognitiva no se reduce al pensamiento consciente y alude, dicho brevemente“(...) al sistema de conexiones que el individuo puede y debe usar” (Piaget, 1973, p. 2). [Traducción nuestra].

En este marco, Piaget postula un paralelismo entre las estructuras cognitivas y los sistemas afectivos, el mismo que estudia con detalle a lo largo del proceso de desarrollo, hasta el periodo de las operaciones formales. Entre otras, una de las críticas que Piaget formulará hacia Freud es que este descuidaría dicho paralelismo. Por ejemplo, señala Piaget, la pérdida de recuerdos del primer año estaría menos relacionada con la represión que con el hecho de que el niño de esa edad no tiene memoria evocativa, pues esta supone una función simbólica que todavía no ha desarrollado (Piaget, 2001, p. 61). De manera semejante, Piaget aborda explícitamente diversos conceptos psicoanalíticos como es el caso de la transferencia o el superyó, vinculándolos con esquemas cognitivo-afectivos.

Como habrá podido observarse, mal podríamos decir que Piaget “no toma en cuenta lo afectivo”. Lejos de ello, su énfasis en el paralelismo cognitivo-afectivo nos alerta sobre los riesgos de acercarnos a los afectos sin tomar en cuenta su reverso, la estructura cognitiva. Si así lo hiciéramos, seríamos seguramente engañados.

Nos detendremos en este punto, aun cuando no hayamos agotado, en modo alguno, los planteamientos piagetanos sobre el tema que nos ocupa. Pero antes de ello, consideramos necesario subrayar las posibilidades que para el psicoanálisis tiene el diálogo con la epistemología genética, por ejemplo, en todo lo relacionado con la teoría de mente en la que, como nos recuerda Flavell (1999), la impronta piagetana es fundamental. Dicho esto, es momento entonces de cambiar de universo conceptual y acercarnos a los planteamientos de Lacan.

### **Lacan: Imaginario, simbólico y real**

En diversas ocasiones, Lacan es muy crítico e irónico con diversos planteamientos piagetanos como, por ejemplo, los relacionados con el egocentrismo infantil.<sup>5</sup> Por ello, para el conocedor de la obra lacaniana puede llamar la

5 Véase, por ejemplo, Lacan (1981: 83; 1984:1986: 216; 2006b:33). En el caso de Piaget,

atención la relación que estamos ensayando entre ambos autores, más aún, si se tiene en cuenta la distancia que, reiteradamente, Lacan toma de la noción de desarrollo y de la psicología. No va por allí, claramente, lo propuesto en este trabajo, ni estamos intentando hacer de Lacan un cognitivista o de Piaget un lacaniano. Lejos de ello, como ya hemos señalado, apuntamos al énfasis que ambos autores colocan en la relación indesligable entre lo afectivo y lo intelectual, y al hecho de que el orden de los afectos no sea organizado por sí mismo.

En efecto, para Lacan, los afectos están impregnados de lo intelectual, de lo simbólico: “Lo afectivo no es una densidad especial que faltaría a la elaboración intelectual. No se sitúa en un más allá mítico de la producción del símbolo, anterior a la formulación discursiva” (Lacan, 1981: 95). El psicoanalista francés plantea que los afectos, que corresponden al orden imaginario, están determinados por lo simbólico, esto es, el orden constituyente de la estructura, la ley y el significante:

Si la emoción puede ser desplazada, invertida, inhibida, si ella está comprometida en una dialéctica, es porque ella está capturada en el orden simbólico, a partir del cual los otros órdenes, imaginario y real, ocupan su puesto y se ordenan (Lacan, 1981, p. 346).

Más aún, Lacan considera que la oposición entre lo afectivo y lo intelectual es un obstáculo para la comprensión de la experiencia analítica:

(...) les ruego a cada uno de ustedes que, en el interior de su propia investigación de la verdad, renuncien radicalmente - aunque sólo fuese a título provisional para ver qué se gana dejándola de lado - a utilizar una oposición como la de afectivo e intelectual. (...) Esta oposición es de las más contrarias a la experiencia analítica, y de las que más oscurecen su comprensión (Lacan, 1981, p. 399).

---

Este tipo de oposición entre lo afectivo y lo intelectual se encuentra a la

Lacan no será uno de los autores psicoanalíticos que discute a lo largo de su obra. Una excepción a ello es cuando en 1968, dos años después de publicarse los *Escritos* de Lacan, Piaget, en su libro sobre el estructuralismo (1971), da cuenta con interés del proyecto lacaniano, aunque con escepticismo respecto a la institución psicoanalítica. Allí, entre otros aspectos señala: “(...) Lacan se inspiró en el estructuralismo lingüístico y en los modelos matemáticos conocidos, para tratar de descubrir nuevas estructuras de transformaciones que realizaran esa apuesta de hacer entrar lo irracional de la inconsciencia y lo inefable de los símbolos íntimos en el molde de un lenguaje normalmente destinando a expresar lo comunicable. Hay en ello un intento cuyo proyecto tiene un interés indudable, pero cuyos resultados es difícil analizar antes que hayan sido decantados por los no “iniciados”, según la significación que las capillas psicoanalíticas dan a este último término” (Piaget, 1971: 76).

base de muchas de las críticas que se formulan hacia Lacan, en el sentido que descuidaría lo afectivo, lo que no es lenguaje, lo no-verbal, el cuerpo.<sup>6</sup> Sin embargo, como ha señalado Miller (1990, p. 150), este tipo de críticas asumen que el afecto y el intelecto podrían concebirse como exteriores el uno al otro. Asimismo, si se toma en cuenta que el lenguaje pre-existe al sujeto, difícilmente podríamos hablar de lo “pre-verbal”. Por supuesto, se puede replicar que se alude a lo pre-verbal desde el desarrollo ontogenético. Pero aun así, no debemos olvidar que, en sentido estricto, la temporalidad de la cual puede dar cuenta el psicoanálisis, cuyo objeto de estudio es lo inconsciente, es una temporalidad lógica, no cronológica.<sup>7</sup>

Para seguir comprendiendo lo propuesto por Lacan en relación con los afectos, es necesario que retornemos, cómo no, hacia Freud. En su texto *Lo Inconsciente* (1988 [1915]), el padre del psicoanálisis señala que, en sentido estricto, no hay afectos inconscientes y que la represión recae sobre la representación (*repräsentanz*), no sobre el afecto. Esa es precisamente la razón por la que para Lacan los afectos engañan. Colette Soler lo describe con mucha claridad:

La tesis viene de Freud y está ligada a su concepción de la represión: el afecto no es confiable porque está desplazado. Y “no es confiable” quiere decir: no asegura un saber inconsciente. He aquí una paradoja, puesto que para el sujeto afectado no hay nada más inequívoco que lo que él siente y que confunde fácilmente con su verdad (Soler, 2013, pp. 48-49).

Efectivamente, para el individuo, los afectos que experimenta se le presentan con frecuencia como una realidad evidente: me siento deprimido porque terminé con mi pareja, me siento mal porque no he conseguido tal o cual cosa que deseo, o incluso, me siento mal pero no sé muy bien por qué. Pero como sabemos, el individuo, el sujeto de la vivencia, no es el sujeto del inconsciente. Y justamente, en un proceso analítico, eso que el sujeto de la vivencia dice sabiendo lo que dice, es excedido por un saber no sabido (lo inconsciente) que le hace decir algo más, lo cual incluye, por cierto, al cuerpo:

---

6 Véase, por ejemplo, las afirmaciones de Minsky (2000: 18 y 273).

7 En este sentido Lacan señala que la psicología genética y la psicología diferencial requieren condiciones de observación y de experiencia que no son las propias del psicoanálisis y que, en este sentido, no son de su incumbencia (Lacan, 1984: 255[1953]). Desde otra perspectiva, Cavell (2000: 141-142), partiendo de la noción freudiana de *nachträglichkeit*, la afectación retroactiva del pasado desde el presente; reflexiona sobre cómo “(...) los datos clínicos del psicoanálisis en adultos proporcionan una base muy pobre para las hipótesis del desarrollo” y concuerda con Schafer cuando este sostiene que las explicaciones psicoanalíticas tradicionales sobre el desarrollo representan “estructuras narrativas completadas hermenéuticamente” más que datos positivistas sobre el desarrollo.

El sujeto no nos dice esta palabra sólo con el verbo, sino con todas sus restantes manifestaciones. Con su propio cuerpo el sujeto emite una palabra que, como tal, es palabra de verdad, una palabra que él ni siquiera sabe que emite como significante. Porque siempre dice más de lo que quiere decir, siempre dice más de lo que sabe que dice (Lacan, 1981, p. 387).

Explicitemos el caso de la transferencia. Los desarrollos lacanianos distinguen en ella la dimensión simbólica (estructural) y la dimensión imaginaria (afectiva), y enfatizan la preeminencia de la primera sobre la segunda: “Así la transferencia no remite a ninguna propiedad misteriosa de la afectividad, e incluso cuando se delata bajo un aspecto de emoción, éste no toma su sentido sino en función del momento dialéctico en que se produce” (Lacan, 1984, p. 215). Dicho de otro modo, Lacan nos ayuda a distinguir *la transferencia* de *lo transferido*. Se trata de una distinción clave, pues permite echar luces sobre las dos principales líneas de sentido que, desde el desarrollo freudiano de la noción de transferencia, se pueden encontrar en ella, esto es, como obstáculo al tratamiento y como terreno privilegiado para el desarrollo de la cura, la cual no puede desarrollarse *in absentia* o *in effigie*:

Con esta distinción entre los aspectos simbólicos e imaginarios de la transferencia Lacan proporciona un modo útil de entender la función paradójica de este fenómeno en la cura psicoanalítica. En su aspecto simbólico (RE-PETICIÓN) contribuye al progreso de la cura al revelar los significantes de la historia del sujeto, mientras que en su aspecto imaginario (amor y odio) actúa como resistencia (Evans 1997, p. 191).<sup>8</sup>

En el caso de la contratransferencia, sabemos que la evolución del concepto es, de algún modo, semejante al de la propia transferencia, es decir, primero es considerado un obstáculo y luego un aspecto fundamental de la técnica psicoanalítica, al menos por varias de las corrientes posfreudianas. No es el caso de Lacan, pero esto no significa que él proponga hacer oídos sordos a los diversos afectos que el psicoanalista puede experimentar hacia el analizante. Se trata más bien de ubicarlos (y ubicarse) adecuadamente, al servicio de la labor analítica: “Nunca dijimos que el analista jamás debe experimentar sentimientos frente a su paciente. Pero debe saber, no sólo no ceder a ellos, ponerlos en su lugar, sino usarlos adecuadamente en su técnica” (Lacan, 1981, p. 57).

8 Desde Piaget podríamos señalar que los clisé de la transferencia aluden a esquemas cognitivo afectivos que *asimilan* la situación actual a partir de experiencias tempranas. No obstante, esto no incluiría la dimensión resistencial de la transferencia tal como es desarrollada por Freud (1988 [1912], p. 1649).

Ahora bien, en la reseña que hasta el momento hemos hecho de los planteamientos lacanianos (reseña inevitablemente incompleta, *no-toda*) nada hemos dicho hasta el momento del tercero de sus registros: lo real. Lo haremos ahora, y empezaremos señalando que para Lacan, lo real no alude a lo que comúnmente llamamos “la realidad” o los hechos. ¿De qué se trata entonces? Al igual que todos los conceptos lacanianos, lo real no tiene una significación unívoca a lo largo de su obra, pero para efectos del presente trabajo, nos bastará destacar que lo real laciano apunta hacia aquello que es imposible de capturar por el orden simbólico, aquello traumático que se resiste a ser tramitado simbólicamente y que excede al sentido.<sup>9</sup>

Dicho esto, podemos hacer un breve señalamiento sobre la angustia. Ciertamente, podríamos discutir su estatuto metapsicológico, si puede o no considerarse un afecto. En cualquier caso, para Lacan no solo se trata de un afecto, sino que además, se trata del único del cual podemos fiarnos. Lacan postulará que la angustia “no es sin objeto”, contra la afirmación frecuente de que, a diferencia del miedo, la angustia sería sin objeto. Pero Lacan no alude a cualquier objeto, sino al objeto causa de deseo que denomina *objeto a*, aquel resto de la captura del ser viviente por el orden simbólico (Lacan, 2006a, 1992). Angustia: lo que no engaña.

¿Por qué? Porque, resumiendo al máximo, la angustia nos remite hacia aquello que excede al significante, vale decir, apunta hacia lo real. Y es en *ello* donde se juega lo decisivo en un análisis. Lo real está en el núcleo de la concepción lacianiana de la praxis psicoanalítica, que busca “(...) tratar lo real mediante lo simbólico” (Lacan, 1986, p. 14). Psicoanálisis: clínica de lo real.

Como esperamos haya podido observarse, aun sin haber desarrollado otros conceptos centrales de la teorización lacianiana, como por ejemplo la noción de goce, la atención al significante no implica, en modo alguno, el descuido de los afectos, del cuerpo (el significante afecta al cuerpo), de lo que está más allá del lenguaje, de esa satisfacción paradójica de la pulsión más allá del principio placer (el goce). Tenemos la palabra, sí, y desde ella intentamos, como en la poesía, singularizar lo innombrable.

## Discusión

A través de los desarrollos de Piaget y Lacan hemos visto cómo los afectos son organizados por otro orden indesligable de ellos. En esta línea, consideramos fundamental que el acercamiento del psicoanálisis a los afectos supere la frecuente dicotomía que se establece entre ellos y lo intelectual. Como men-

<sup>9</sup> Para un desarrollo amplio de la noción lacianiana de lo real, véase Miller (2006).

ciona Marcia Cavell, a partir de la revisión de diferentes autores filosóficos, ambos órdenes se constituyen recíprocamente:

(...) el pensamiento es una condición necesaria para las emociones, no su cómplice, sino parte misma de su constitución; que las emociones no están, por ende, ni más allá ni por debajo de la razón, sino que son, al igual que las creencias, el tipo de cosas que pueden considerarse tanto racionales como irracionales. La cognición es más pasional de lo que suele sostenerse, y la pasión, más informada (Cavell, 2000, p. 216).

Es claro, por ejemplo, como señala Cavell (2000, p. 222 y ss.) que para experimentar culpa es necesario un conjunto de pensamientos asociados a ella (una noción de lo que es bueno o malo, una noción de responsabilidad, la creencia de que uno es responsable de algo censurable, entre otros aspectos) y que estos, pueden o no, ser congruentes con otro conjunto de pensamientos.

En este sentido, la razón y el deseo se acuestan, tal como afirman Joaquín Sabina y Fito Páez en su canción *Llueve sobre mojado* (1998). Pero esto no significa que su cópula sea plenamente satisfactoria. Dicho de otro modo, entre la razón y el deseo, entre lo afectivo y lo intelectual, hay cópula permanente, cruce de límites, sí; pero no relación/proporción sexual.

Las diferentes orientaciones psicoanalíticas plantean caracterizaciones específicas sobre las emociones, los sentimientos y los afectos; así como marcos específicos para dar cuenta de lo no simbolizable. Más allá de las particularidades de cada aproximación y la manera en la que conceptualizan las exigencias de ligazón, consideramos útil para el diálogo entre ellas, la propuesta de Cavell (2000, p. 37) de pensar el afecto como un término amplio que incluye un continuo entre estados con contenido proposicional y sin este.

Años antes de Piaget, Lacan y Freud, un pensador apasionado, con planteamientos muy cercanos al psicoanálisis, y al que muy difícilmente podría rotularse como cognitivista; nos invitaba, muy a su estilo, a sospechar de los sentimientos. Lejos estamos de conocer a los dioses, pero en el marco de lo señalado hasta acá, finalizaremos este trabajo escuchando a otro de los maestros de la sospecha:

¡Fíate de tu corazón o de tus sentimientos! – se dice. Pero los sentimientos no son cosa definitiva ni original; detrás de ellos están los juicios y las apreciaciones que nos son transmitidos en forma de sentimiento (preferencias, antipatías). La inspiración que emana de un sentimiento es nieta de un juicio, ¡muchas veces de un juicio equivocado! y en todos los casos de un juicio

que no es tuyo. Guiarse por los sentimientos es obedecer a su abuelo, a su abuela y a los abuelos de éstos más que a los dioses que moran en nosotros, que son nuestra razón y nuestra experiencia (Nietzsche, 2000, p. 953).

## Resumen

El trabajo pone en relación los desarrollos teóricos sobre la afectividad de dos autores a los que, curiosamente, se les reprocha con frecuencia dejarla de lado: Jacques Lacan y Jean Piaget. Se destaca que, a pesar de sus grandes diferencias, ambos convergen en rechazar la oposición entre lo afectivo y lo intelectual y plantear que los afectos son organizados por un orden distinto: la estructura cognitiva en el caso de Piaget, y el orden simbólico en el caso de Lacan. A partir de estos elementos se discute el papel y la importancia de los afectos en la teoría y la práctica psicoanalítica, así como la de aquello que los organiza. Finalmente, se señala por qué la angustia constituye un afecto particular que, a diferencia de los demás, no engaña.

**PALABRAS CLAVE:** AFECTIVIDAD / COGNICIÓN / ESTRUCTURA / ANGUSTIA.

## Summary

The paper relates theoretical developments on affectivity of Jacques Lacan and Jean Piaget, frequently criticized for leaving aside these essentials. It is emphasized that, despite their differences, both converge in rejecting the opposition between the affective and the intellectual and consider that affections are organized by a different order: the cognitive structure in the case of Piaget, and the symbolic order for Lacan. The author analyzes the role and importance of affect in psychoanalytic theory and practice, as well as that which organizes them. Finally, it points out why anguish is a particular affect that, unlike all the others, does not deceive.

**KEYWORDS:** AFFECTIVITY / COGNITION / STRUCTURE / ANGUISH.

## Referencias

- Cavell, M. (2000). *La mente psicoanalítica. De Freud a la filosofía*. México, D.F.: Paidós.
- Flavell, J. H. (1999). Cognitive development: Children's knowledge about the mind. *Annual Review of Psychology*, 50 (1), 21-45.
- Freud, S. (1988) [1912]. *La dinámica de la transferencia*. En *Obras Completas* (pp. 1648-1653). Buenos Aires: Orbis.
- \_\_\_\_ (1915). *Lo inconsciente*. En *Obras Completas* (pp. 2061-2082). Buenos Aires: Orbis.
- Lacan, J. (1981). *El Seminario. Libro 1. Los escritos técnicos de Freud*. Barcelona: Paidós.
- \_\_\_\_ (1984) [1953]. Función y campo de la palabra. En *Escritos* (pp. 227-310). México: Siglo veintiuno editores.
- \_\_\_\_ (1986). *El Seminario. Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- \_\_\_\_ (1988). *El Seminario. Libro 7. La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- \_\_\_\_ (1992). *El Seminario. Libro 17. El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

- \_\_\_\_ (2006a). *El Seminario. Libro 10. La angustia*. Buenos Aires: Paidós.
- \_\_\_\_ (2006b)[1950]. Intervención en el primer congreso mundial de psiquiatría. En *Intervenciones y Textos 1* (pp. 32-36). Buenos Aires: Manantial.
- Laplanche, J. y Pontalis, J.B. (1993). *Diccionario de Psicoanálisis*. Barcelona: Labor.
- Miller, J. (1994). *Matemas II*. Buenos Aires: Manantial.
- \_\_\_\_ (2006). *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- Minsky, R. (2000). *Psicoanálisis y cultura*. Estados de ánimo contemporáneos. Madrid: Cátedra.
- Nietzsche, F. (2000). Aurora. En *Obras inmortales* (Tomo 3, pp. 933 – 1158). Barcelona: Edicomunicación.
- Paez, F., Sabina, J. y Narea, C. Edic. (1998). *Llueve sobre mojado* en Album Enemigos Intimos. Buenos Aires: Circo Beat Studio.
- Piaget, J. (1971). *El estructuralismo*. Buenos Aires: Proteo.
- \_\_\_\_ (1973). The Affective Unconscious and the Cognitive Unconscious. *Journal of the American Psychoanalytical Association*, 21, 249-261. Recuperado el 15 de enero de 2014, de <http://blog.pucp.edu.pe/media/229/20071130-Piaget%20y%20el%20inconsciente.pdf>
- \_\_\_\_ (2001). *Inteligencia y afectividad*. Buenos Aires: Aique Grupo Editor.
- Roudinesco, E. & Plon, M. (2008). *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Soler, C. (2013). *Lacan, lo inconsciente reinventado*. Buenos Aires: Amorrortu.